



Disolución de crisis

En el momento en que escribimos estas líneas no se ha resuelto aún la crisis ministerial que surgió poco antes de salir el rey de caza y provocó la dimisión del gabinete Sánchez Toca. ¿Resolverse? En este reino de España, y más desde junio de 1917, ninguna crisis de gobierno se resuelve, sino que todas ellas se disuelven. Disuélvense en la crisis permanente, que es una crisis no ya del gobierno, sino de la gobernación del Estado. Y esta crisis es una huelga; huelga de voluntad caída.

¿Crisis del régimen? Sin duda alguna; pero crisis sobre todo de la gobernación misma; crisis de toda la política. De toda una política que consiste en no gobernar, en dejar que las cosas se disuelvan.

No es cierto, como tanto se ha propagado por ahí, que el pueblo español sea un pueblo ingobernable, indisciplinado y anárquico. No es obedecer, sino mandar lo que repugna al español. El español quiere ocupar la silla presidencial, pero para no presidir; quiere encargarse del Poder, pero para no gobernar. Y no aun para ejercer el Poder, sino para impedir que lo ejerza otro. Tiene naturaleza de perro de hortelano. Al ejercicio del Poder, al oficio de gobernar, le tiene miedo, un miedo loco.

Ahora se ve el horror que al Poder le tienen los políticos profesionales, los del Sindicato político. Porque están todos ellos fácilmente sindicados y aunque se combatan con furia.

Hubo un tiempo en que en ciertos órdenes de la gobernación del Estado no se hacía aquí nada de provecho porque había el miedo a que los carlistas provocaran la guerra civil o los republicanos la revolución. Hoy no hay ya carlistas, y se puede decir que no hay republicanos, o que éstos no saben qué sea la revolución o bien le tengan miedo. Pero hoy no se hace nada de provecho porque se teme ya a las Juntas de Defensa de una parte, mayor o menor, de la oficialidad del ejército; ya a los Sindicatos obreros; ya a los Patronatos de industriales y comerciantes; ya a tales grandes empresas; ya a complicaciones internacionales. Y ante tantos y a las veces contrapuestos miedos, la solución es no gobernar. Con decir encogiéndose de hombros: «esto se lo lleva la trampa» o «no hay remedio», se cree que está resuelto todo.

Y hay quienes vienen y nos dicen que hay que barrer el Parlamento. Bueno, ¿y si la escoba con que vayan a barrerlo está más sucia que él? ¿Si al quitar el polvo parlamentario deja allí un rastro de fango? Malo y todo como es el Parlamento, tememos más al baldeo con que lo barran, si lo barren.

¡Y ese fantasma de la aprobación de los presupuestos como cuestión preeminente cuando hay tantas otras! Remolcos de legulevos y fariseos del constitucionalismo! Con éstos, los vigentes, u otros cualesquiera presupuestos prorrogados como son, se puede tirar mejor que con el pleito planteado entre obreros y patronos en Barcelona en medio del arroyo. En esto lleva razón Cambó: hay hoy cuestiones tan urgentes e inaplazables como la aprobación de presupuestos. Hay que presuponer otras cosas que el modo de sacar los millones con que pagar el creciente déficit del Estado. Como que sin presuponer esas otras cosas no habrá modo de sacar luego esos millones, porque la producción nacional se mermará enormemente.

¡Y el loco empeño del decreto de disolución! ¡Decreto de disolución! ¡Pero si todo esto se está disolviendo sin decreto!

Dicen que el Dato ése no admitiría el Poder, el que de tan desastrosa manera ejerció en agosto de 1917 — y de donde ha provenido la forma que han tomado las reivindicaciones obreras — si no le dieran el decreto de disolución, ya que se lo dieron a La Cierva cuando formó el gabinete en cuya silla presidencial se sentaba Maura. Y dicen que cuando Dato, el Dato ése, el de la neutralidad a todo trance y costa, el de la represión por mano armada, y después de haber engañado a la milicia, de la huelga general de agosto de 1917, salió de Palacio en una de las últimas crisis, había dicho allí que no podía tolerar ciertas intrusiones maternas y consejos de irresponsables. Y cuando nos contaron esto pensamos que, en efecto, pesa sobre el Poder llamado moderador más presión oculta que la de las ya famosas Juntas de Defensa. Luego, para distraernos de penas nacionales, nos pusimos a pensar en el trágico hado de la dinastía de los Habsburgos en el desgraciado imperio austro-húngaro y en los procedimientos y métodos por que se ha precipitado en el abismo en que yace lo que fué imperio y hoy no llega ni a nación casi.

¿Remedio para todo esto? ¡De parte del más alto poder del Estado, ya se sabe,irse de caza! ¡Que nos nos molesten!...

Esos políticos!... ¡Sin perjuicio de predicar luego el optimismo a todo trance y

costa. ¡Cuesta tan poco decir que hay que ser optimista! Sobre todo cuando no se tiene conciencia muy clara de lo que el optimismo sea.

Y de parte de los gobiernos el recurso es no gobernar. Ir ganando tiempo. ¿Ganando? ¡Más bien perdiendo!

¿Y fuera de lo que por antonomasia llamamos «régimen»? ¿Fuera de la monarquía? ¿Es que los republicanos quieren gobernar? Parécenos que todos, de derecha a izquierda, están contagiados de la peste sindicalista del apoliticismo. Los políticos fingen serlo, pero no lo son. Todos creen que las cosas se resolverán fuera de la acción del Estado, acaso en la calle. Y así no se resuelve nada, sino que se disuelve. Ninguno parece creer en el Estado. Bien, ¿y con qué lo sustituyen? Porque lo que haga las funciones que hoy hace el Estado será, llámesele como se le llame, otro Estado. Los Soviets son un Estado. Pero lo terrible es que los soviéticos españoles no conocen del Soviet más que la palabra.

«¡Elo dirá!» — acaso exclame algún lector. Sí, pero mientras nosotros no digamos nada...

Miguel de UNAMUNO.

